

LA AMBICION EN EL SOLIO.

DISCURSO DUODECIMO.

§. I.
EL mas injusto culto, que da el mundo, es el que reciben de él los Príncipes Conquistadores. Siendo solamente acreedores al odio público, vivos se les tributa una forzada obediencia, y muertos un gracioso aplauso. Es necesidad lo primero, pero necedad lo segundo.

2. ¿Qué es un conquistador sino un azote, que la ira divina embia á los Pueblos; una peste animada de su Reyno, y de los estraños; un astro maligno, que solo influye muertes, robos, desolaciones, incendios; un cometa, que igualmente amenaza á las chozas, que á los Palacios: en fin, un hombre enemigo de todos los hombres, pues á todos quisiera quitar la libertad, y en la prosecucion de este designio á muchos quita la hacienda, y la vida?

3. En esto, como en otras muchas cosas, admíro el ventajoso juicio de los Chinos. Isaac Vosio afirma, que en los Anales de aquella gente no son celebrados los Príncipes guerreros, sino los pacíficos: ni logran los vítores de la posteridad aquellos que se añadieron con las armas dominios nuevos, sino aquellos que gobernaron con justicia, y moderacion los heredados. Esto es elegir bien (a).

No

(a) De los estragos que hacen los Príncipes ambiciosos en sus propios dominios tenemos un insigne exemplar reciente en Carlos XII, Rey de Suecia. Acaso fue éste el menos malo de los Príncipes ambiciosos; porque nunca desembaynó la espada sino provocado; aunque una vez empuñada, tardaba mas en recogerla de lo que pedía una

4. No niego que el valor, la pericia militar, y otras prendas precisas en los Conquistadores son por sí mismas apreciables; pero concretadas con el uso tyránico, constituyen los hombres aborrecibles. No ha habido malhechor alguno insigne, que no fuese dotado de grandes calidades de alma, y cuerpo. Por lo menos no podian faltarles robustéz, industria, y osadia. ¿Quién por esto se meterá á panegyrista de malhechores?

5. No es paridad, sino identidad la que propongo; porque verdaderamente esos grandes Heroes, que celebraba con sus clarines la fama, nada mas fueron que unos malhechores de alta guía. Si yo me pusiese á escribir un catálogo de los ladrones famosos que hubo en el mundo, en primer lugar pondria á Alexandro Magno, y á Julio Cesar.

6. Nadie se conoció mejor en esta parte, ni se confesó mas francamente que Antígono, Rey de la Asia. Estando en la mayor fuerza de sus conquistas, un Filósofo le dedicó un libro, que acababa de escribir en asunto de la virtud de la Justicia. Luego que Antígono leyó el titulo, sonriéndose dixo: Muy á proposito por cierto viene la li-

son razonable satisfaccion. No miraba á engrandecer sus Estados, sino á castigar sus enemigos. Es verdad que no le pesaba: acaso se complacia de tenerlos; porque aunque sus victorias no añadian á su Corona nuevas Provincias, coronaban su cabeza de nuevos laureles. Sus dos ídolos eran la *Gloria*, y la *Venganza*. Estaba adornada su persona de varias virtudes, cuyo cúmulo rara vez se ve en los Conquistadores: sobrio, parco, continente, amante de la justicia, clemente, y benigno en alto grado, exceptuando únicamente el suplicio cruel del pobre Patkul. Pero así sus victorias, como sus virtudes ¿de qué sirvieron á sus vasallos? De empobrecerlos, de arruinarlos, de reducir un Reyno, que de su padre habia heredado rico, floreciente, fuertísimo, á una extrema desolacion, sin gente, sin dinero, sin Soldados, porque no solo las Tropas veteranas perecieron enteramente en tantos sangrientos combates; mas infinitos Soldados nuevos, con que se iban substituyendo aquellos, tuvieron la misma suerte. Así últimamente vinieron á faltar en Suecia, no solo Militares para la Campana, mas aun Labradores para el Campo.

sonja de dedicarme un Tratado de Justicia, quando estoy robando á los demás todo lo que puedo.

7 Aunque no llegaron á hacer semejante confesion Alexandro, y Cesar, manifestaron bastantemente los remordimientos de la propia conciencia. El primero en la templanza con que toleró ser capitulado por aquel pyrata que cayó en sus manos, de ser mayor, y mas escandaloso pyrata que él; pues si Alexandro no conociera que le decia la verdad, muy mal le hubiera estado haberla dicho. El segundo en sus perplexidades al pasar el Rubicón; siendo de creer que aquel ánimo intrépido no le detendria la contemplacion del riesgo, sino la del delito.

§. II.

8 EN efecto, los Príncipes conquistadores tan para todos son malos; que ni aun para sí mismos son buenos. Son malos para sus vecinos, como es notorio; son malos para sus vasallos, que en realidad padecen lo mismo que los vecinos, pues en los excesivos tributos malogran las haciendas, y en las porfiadas guerras las vidas. Es verdad que vencen; pero mas hombres cuestan á un Reyno diez batallas ganadas, que dos, ó tres pérdidas. Esto, dexando aparte aquel menoscabo que padecen las Artes, y la Agricultura, por llevarse toda la atencion la Guerra. Con que al fin de la jornada, exceptuando unos pocos Soldados premiados, y otros pocos que lograron algunos despojos, tan mal quedan los conquistadores como los conquistados.

9 Otro perjuicio harto grave, aunque menos observado, ocasionan estos espíritus ambiciosos á sus vasallos; y es, que ocupados del deseo de engrandecer de todos modos al Imperio, no solo procuran aumentarle extensivamente entre los estraños, mas tambien intensivamente entre los suyos. No solo quieren dominar los mas vasallos que pueden; pero tambien dominar lo mas que pueden á los vasallos. Mas facil es contentar la ambicion por este segundo camino, que por el primero. Sin añadir

sub-

súbditos se forma un Imperio sin límites, el que se des- embaraza del estorvo de las Leyes. Imperio reducido al despotismo es imperio infinito, si se atiende al número, no de los que han de obedecer, sino de las cosas que puede mandar.

10 En fin, para sí mismos son malos los Conquistadores; porque como la hydrópica sed de ganar nuevos vasallos nunca se sacia, nunca el desasosiego del corazon cesa: *Plusque cupit, quo plura suam demittit in alvum.* Tienen á las espaldas lo que adquirieron, y delante de los ojos lo que resta por adquirir: de aqui depende que esto, como mas presente, tiene mas fuerza para inquietar el ánimo, irritando el apetito, que aquello para calmar el alma, insinuando el gozo. Añádase á esta ansia el susto del cuchillo, ú del veneno, que son los dos paraderos comunes de la vida de los Conquistadores.

11 Solo les queda por fruto de sus fatigas un bien, que no gozan, y que por tanto no se debe llamar bien. Este es la celebridad del nombre en los siglos venideros; tributo que paga á sus cenizas la necedad de los hombres. Ningun tributo mas injusto. Si la memoria de los Conquistadores fuera regida por el entendimiento, habia de servir á la exécracion, y no al aplauso. Quien celebra á un Nembrod, á un Rómulo, á un Alexandro, puede con la misma razon celebrar á un tigre, á un dragon, á un basilisco. Las mismas prendas hálo en aquellos tres Héroes insignes, que en estas tres bestias feroces: una grande fuerza para hacer mal, y una grande inclinacion á hacerle.

12 Risa me causa ver á los Romanos, dueños ya del mundo, hacer vanidad de fixar el origen de su Imperio en Rómulo. Nada hubo en este hombre que pudiese desvanecer á sus descendientes. Si se mira por la parte del nacimiento, se le halla, segun el mejor sentir, por madre una ramera. Si por la vida, y profesion, solo se ve un ladron atrevido, que hecho capitán de otros tales, erigió en República á una infame quadrilla. El robo de las

Tomo III. del Teatro.

S

Sa-

Sabinas, si fue verdadero, prueba que Rómulo, y todos sus sequaces eran una gente despreciada por vil, y ruin en toda Italia, pues ningun Pueblo les quiso dar mugeres para sus matrimonios, y fue menester robarlas para tenerlas. A Rómulo no pudiendo sufrirle, le quitaron la vida los mismos Ministros que él había creado. Pero tal es la ceguera del mundo, que al mismo que juzgaron indigno de permanecer entre los hombres, le colocaron luego entre las Deidades.

13 La misma suerte tuvieron los demás grandes Conquistadores; ser aborrecidos quando vivos, y adorados despues de muertos. Nembrod fue el primer objeto de la Idolatría. Mudáronle el nombre de Nembrod, que significa Rebelde, en el de Belo, Baál, ó Baalin, que significa Señor. Este es el Júpiter Belo de la antigüedad. A Alejandro hizo un veneno víctima del resentimiento de Antipatro, y luego hubo en los altares víctimas para Alejandro. No bien mataron á Cesar en el Capitolio como enemigo de la Patria, quando le veneraron en el Cielo como Deidad tutelar de la República. Grande error de el Gentilismo transferir los hombres en Deidades; pero mucho mayor transferir en Deidades aquellos que por sus vicios debieran ser degradados de hombres.

§. III.

14 **L**OS que hacemos el concepto debido de la Deidad, no podemos caer en tan torpe error; mas no por eso dexamos de errar. No adoramos á los Conquistadores como Dioses, pero los celebramos como Héroes. ¿Qué es esto, sino envilecer tan noble epíteto? Los Héroes verdaderos son hechuras de la virtud; y asi se deben rechazar como contrahechos, ó adulterinos quantos se fabrican en la oficina de la ambicion. Hombre grande, y malo, es implicacion manifiesta. Discretamente Agesilao, á uno que le ponderaba la grandeza del Rey de Persia, como dándole en rostro con la pequeñez de su Reyno de Esparta, le respondió: *Solo puede ser mayor que yo, quien*

quien fuere mejor que yo. No dixera mas, aunque hubiera leído aquel célebre dicho de San Agustín: *In his, que non mole, sed virtute prasant, idem est majus esse, quod melius esse. En aquellas cosas que se miden, no por la cantidad, sino por la virtud, lo mismo es ser mayor, que ser mejor.*

15 Sean celebrados como Héroes un Teodosio, un Carlo Magno, un Gofredo de Bullon, un Jorge Castrioto; en fin, todos aquellos en quienes la fortuna sirvió al valor, y el valor á la justicia; aquellos á quienes solo arrancaban la espada de la cinta, ó el interés del Cielo, ó la utilidad del Público; aquellos que en las guerras solo abrazaban como suyos el trabajo, y el riesgo, dexando intacto como ageno el fruto; aquellos que fueron pacíficos por inclinacion, y guerreros por necesidad. En fin, queden estampadas en la memoria de los hombres, para exemplo de los venideros, las imágenes de los Príncipes justos, clementes, sabios, animosos, en cuyo cetro reynó la justicia, y cuya espada nunca hirió la propia conciencia.

16 Pero descártense del número de los Héroes esos coronados Tigres, que llaman Príncipes Conquistadores, para ponerse en el de los delinquentes. Derríbense sus estatuas, ó trasládense sus imágenes del Palacio á la casa de las fieras, porque esté siquiera la copia donde debiera haber estado el original. No obstante, dexaré por ahora aqui estampada una imagen comun de todos los Príncipes Conquistadores, que hállase formada muy al vivo en ciertas palabras que dixo, estando para morir, un Príncipe á quien se dio este epíteto, y fue Guillelmo el Primero de Inglaterra.

17 Este Príncipe en aquel último espacio de la vida, en que, por mirarse de cerca la eternidad, se empiezan á ver las cosas como son en sí; quando se abren los ojos del alma al paso que se van cerrando los del cuerpo; quando sus victorias pasadas le mordian la conciencia, sin alhagar la ambicion; no sé si por arrepentimien-

to, ó por despecho, ó por desahogo, haciendo una triste reflexion sobre la suma de sus hechos, hizo esta confesion delante de los Próceres, que cercaban la cama: *Yo he aborrecido á los Ingleses; deshonré la Nobleza; mortifiqué al Pueblo; quité á muchos la hacienda; hice morir por la hambre, y por la espada infinita gente; y en fin, he desolado esta bella, é ilustre Nacion con la muerte de muchos millares de hombres.* En estas pocas lineas están pintadas con sus verdaderos colores las hazañas de aquel Conquistador; y las de todos los que han gozado el mismo epíteto se pueden dibujar con los mismos rasgos.

18 He dicho las de todos; porque, como ya se notó arriba, la sed hydrópica de dominar, dolencia general de los Conquistadores, los inclina á engrandecer su Imperio, no solo entre los estraños, mas tambien entre sus propios súbditos. La ambicion que los agita, no solo anhela á romper las márgenes de la Corona, mas tambien las de la Justicia. No contentos con una dominacion legítima, aspiran al despotismo. Miran como estorvo de su grandeza la equidad, y solo hallan ensanches proporcionados á su espíritu en la tyranía. ¡Infeliz estado el de un Reyno, quando al que le gobierna se le encaja este capricho! La lástima es, que se les encaja tambien á muchos, que no son Conquistadores, ni piensan en serlo, sino de sus propios vasallos.

19 Es esta otra especie de conquista mas odiosa, y mas barata, porque no se debe al valor, sino á la astucia: no á las fatigas de la campaña, sino á las cabilaciones del gavinete. Conquistanse los propios súbditos, haciéndose mas súbditos, atando con mas pesadas cadenas la libertad, transfiriendo el vasallage á esclavitud. Es heredada la dominacion hasta donde es justa: es usurpada desde donde empieza á ser violenta. ¡Pero infeliz granjería la que por esta parte hace la ambicion! ¿Qué interesa el Príncipe en poner en dura servidumbre los cuerpos, si al mismo tiempo se enagena las almas? Pierde lo mejor de sus vasallos, que es el amor, dándole á cambio

por una porcion mas de miedo. Desposéese de los corazones gravando los pechos. Prívase de la mayor dulzura del reynar, que consiste en verse obedecido por inclinacion el que manda por ley. ¿Qué deleyte puede dar una dominacion, donde en cada vasallo se considera una fiera indignada contra la cadena que la aprisiona? ¿Qué seguridad tendrá contra los estraños quien hizo desafectos á los suyos? ¿Ni qué seguridad tendrá, aun contra los mismos suyos, quien á los suyos hizo estraños? Diganlo esos Monarcas del Oriente, donde por afectar tanto los Príncipes ser árbitros de las vidas de los vasallos, se constituyen algunas veces los vasallos árbitros de las vidas de los Príncipes.

§. IV.

20 **L**A culpa de este abuso, quando le hay, tienen mal intencionados Ministros, y viles aduladores. Aquellos se interesan en extender el Imperio mas allá de lo justo, porque por participacion les toca algo de aquella propasada autoridad. Estos van á ganar la gracia del Príncipe con el arbitrio facil que le proponen, para elevar á mayor celsitud su jurisdiccion. Con este fin no cesan de representarle, que la total independenciam es esencial á la Corona; que las leyes, y costumbres son limitativos indignos de la soberanía; que un Monarca, tanto se hace mas respectable, quanto reyna mas absoluto; que la medida justa de la autoridad Real es la voluntad del Rey; que tanto mayor exáltacion logra el Solio, quanto á mayor profundidad se ve abatido el Pueblo; que en fin, un Rey es Deidad en la tierra; y tanto esfuerzan esta máxima, que quanto es de su parte procuran olvidarles de que hay otra Deidad superior en el Cielo.

21 Es bello á este proposito un caso que refiere en sus *Anecdotas* Juan Reynaldo de Segrais. Estaban algunos Cortesanos entreteniendo con máximas de política tyrana, semejantes á las expresadas, el Gran Luis Decimoquarto, quando aquel Príncipe no tenia mas de quince años. Creo que á cinco mas que tuviera, el menor cas-

tigo que les daría, sería desterrarlos para siempre de su presencia, y de la Corte. Mas la falta de experiencia, la capacidad aun no del todo formada, juntas con el ardor de su vivísimo espíritu, le hacían oír con agrado, como proporcionada á la grandeza de su corazón, aquella idea de un ilimitado poder: al tiempo mismo que el Mariscal de Etré, hombre anciano, de gran consejo, y madurez, que se hallaba poco distante del Rey, estaba escuchando á aquellos aduladores con suma indignacion. Prosiguiendo estos su asunto, traxeron á la conversacion el exemplo de los Emperadores Othomanos, refiriendo como aquellos Monarcas son dueños despóticos de las vidas, y haciendas de sus vasallos. *Verdaderamente eso es reynar* (dixo el Gran Luis) *¡felices Monarcas por cierto!* como confirmando con su aprobacion aquel modo de dominio. Traspasáronle estas palabras el corazón de parte á parte al buen Mariscal de Etré, por considerar las perniciosas resultas de aquella condescendencia; y llegándose prontamente al Rey, intrépido le dixo: *Pero, Señor, advertid que á dos, ó tres de esos Emperadores en mis dias les dieron garrote sus vasallos.* El Mariscal de Villeroy, digno Ayo, ó Gobernador del Regio Joven, que estaba á alguna distancia, pero todo lo había oído, arrebatado de gozo, rompió atropelladamente por todos los que estaban en medio, hasta llegar al de Etré, á quien abrazó públicamente, dándole cordialísimas gracias por tan oportuna, y útil advertencia. ¡Ojalá huviese siempre al lado de los Príncipes algunos hombres de libertad tan generosa para acudir prontos con la triaca, quando la lisonja los brinda con el veneno de la tyranía en el vaso dorado de la grandeza!

22 **L**A primera edad de los Príncipes es la mas susceptible, así de perniciosas, como de saludables máximas. Echan altas raíces en el alma las impresiones de la puericia. Segun el cultivo que recibe entonces, fructifica despues. En muy pocos falséa esta regla. En Jacobo,

bo, Sexto Rey de Escocia, y Primero de este nombre en Inglaterra, concurrieron grandes circunstancias favorables para que fuese zeloso Católico. Tenia buen entendimiento, y no mala índole. Era hijo de la excelente Reyna Maria Stuarda, de cuyo exemplo se podia esperar una eficacísima influencia en el ánimo del hijo. La dilatada prision, y lastimosa muerte de aquella muger admirable debian irritarle contra la Heregía, siendo cierto, que en el motivo de aquella tragedia se mezcló con la política sangrienta de Isabela la causa de Religion. Sin embargo, las malignas sugestiones de un mal Ayo desbarataron tantos saludables influxos. Jorge Bucanan, que fue Preceptor suyo, le inspiró tan eficazmente los nuevos dogmas, que nunca se apartó de ellos. Cuéntase de aquel depravado Herege (si ya no fue Atheista, como piensan algunos, los quales en prueba refieren, que cercano á la muerte dixo, que mas verdades hallaba en la Historia natural de Plinio, que en la Sagrada Escritura), que quando queria castigar al niño Jacobo, se vestia un hábito de San Francisco, á fin de estampar en su espíritu un horror indeleble, no solo ácia los Religiosos de aquella Sagrada Orden, mas tambien ácia todos los de la Religion Romana. Conocia bien, que duran siempre las imágenes, ó agradables, ó terribles, que se imprimen en la primera edad.

23 Por tanto, es importantísima en los Reynos la eleccion de Ayos, que han de regir la puericia de los Príncipes, y en los Ayos mismos la eleccion de máximas, que han de inspirar á sus alumnos. Nuestra España está hoy dando un grande exemplo en esta materia á todas las Naciones. Quando no nos dieran tantas, y tan bellas esperanzas el espíritu excelso, la discreta, y amable entereza de nuestro Príncipe Fernando, la dulcísima viveza del Sereníssimo Infante Carlos, y la benignísima tranquilidad del Sereníssimo Felipe: quando á la índole extremadamente noble de estos tres hechizos de nuestros corazones no coadyuvasen tantos, y tan grandes exemplos de cató-

licísima piedad de sus Augustos Padres, bastaria el cuidado que hubo en su educacion, para asegurarnos de que hemos de lograr en los tres, si el Cielo nos conserva sus preciosas vidas, tres Príncipes cabalísimos. Las brillantes señas, que ya en su tierna edad nos dán del cordial amor que profesan á sus Españoles, testifican que la instruccion que han tenido, y tienen, es conforme á las reglas de la mas racional, y christiana política. Sobre cuyo asunto referiré aqui lo que con ocasion de mis escritos me pasó con el Señor Infante Don Carlos, por satisfacer una queja de su Alteza, dando juntamente á España una grandísima noticia.

24 Habiéndose dignado su Alteza de leer parte de mi segundo Tomo, luego que salió al público, tropezó en aquella Tabla trasladada del Padre Juan Zahn, doctísimo Premonstratense, donde se representa el cotejo de las cinco Naciones principales de Europa en genios, y costumbres. Dixe con propiedad que tropezó, porque verdaderamente fue escándalo para su ternura con los Españoles vér en aquella Tabla maltratada á nuestra Nacion en dos, ó tres partidas: en tanto grado, que le dixo á su Ayo el señor Don Francisco de Aguirre, que aquel libro, ó por lo menos la Tabla, se debia dar al fuego. Satisfizole el Ayo diciéndole, que en aquella Tabla no estaba expresado mi dictamen, sino el de aquel Autor Alemán, á quien citaba; y que yo, bien lexos de convenir con él en lo que dice de nuestra Nacion, protestaba en la página antecedente, que en quanto á esto le tenia por poco verídico. Templó esto, pero no extinguió del todo el resentimiento del amabilísimo Infante; porque siempre hería sus ojos la Tabla, por mas que dentro de su entendimiento me defendía la protesta; de modo, que habiendo yo logrado pocos dias despues la dicha de besar su mano, me dio algunas señas de su enojo, y á su Ayo repitió en mi presencia, que habia de quemar aquella Tabla. Bien es verdad, que observé mal avenida la apacibilidad del semblante con el rigor de la sentencia.

Su

Su genio se habia puesto de mi parte contra su cólera; y en aquellos suavísimos, y soberanos ojos, que á todos momentos están decretando gracias, parecia que la piedad se estaba riendo de la ira.

25 Es cierto, que en aquel cotejo de Naciones no expresé mi dictamen, sino el del Padre Zahn, ó el que este Autor dice ser juicio comun; antes bien manifesté ser contrario al mio en todo lo que es menos favorable á los Españoles. Para cuya confirmacion, y satisfaccion mayor del Serenísimo Infante, de nuevo contradigo, y positivamente desapruuebo quanto es ofensivo de nuestra Nacion en dicha Tabla. Si Dios me da vida, espero manifestar en algun Discurso del siguiente Tomo el ventajoso concepto que tengo hecho de los Españoles en quanto á algunas partidas en que les hace poca merced el vulgo de las Naciones estrangeras.

26 Lo que hemos dicho en los tres números antecedentes, en cuyo asunto pudiera extenderse mucho mas la verdad, sin llegar á los confines de la lisonja, á nadie puede parecer digresion, siendo exemplo, que persuade el propósito principal de este Discurso.

§. VI.

27 **D**igo, pues, otra vez, que siendo cierto, que el alma en el estado de la puericia recibe las impresiones como cera, y las retiene como bronce, es importantísimo inspirar máximas saludables á los Príncipes en esa edad. El método de educacion doctrinal, que á este fin se debe observar, es empezar por la Religion, proseguir con la Ethica, ó Moral, y acabar con la Política. Entre estas tres partes hay un enlace admirable. La Religion (no hablamos aqui de ella en quanto es virtud especial, sino en quanto incluye la verdadera creencia) informa el entendimiento de las grandezas de Dios, y dispone el corazón para amarle. La Ethica, ó instruccion Moral rige todas las acciones para que conspirén unánimes á este fin, sirviendo al mismo tiempo de vehículo,

ú

ú disposición última para la mas sana Política; ó por mejor decir, la Ethica del Príncipe en quanto Príncipe no es otra cosa que la misma Política tomada en general; porque ésta consiste en la coleccion de todas aquellas virtudes, que conducen para gobernar bien.

28 El uso de buenos libros es muy util para informar á los Príncipes de la política recta. ¿ Mas cuáles son los buenos libros? Creo que muy pocos. Los que contienen sana doctrina son infinitos. ¿ Pero qué importa que instruyan, si no mueven? Lo difícil en lo Moral no es el conocimiento de lo recto, sino el movimiento, ó inclinacion eficaz á obrarlo. Hay unos libros de cláusulas cortadas, y arredondadas con afectacion (siguiendo el estilo de Séneca, que el otro Emperador llamaba *Arena sin cal*), las quales todo son retintin para el oído, sin que el eco llegue al corazón. Hay otros llenos de textos, y conceptos pulpítables, que en vez de ilustrar confunden, en vez de mover fastidian. Otros que abundan de sentencias de Thucydides, Polybio, Tácito, Livio, y Salustio, mezcladas con gran copia de pasages históricos. De todos estos diré lo que Apeles dixo á un discípulo suyo, que habia pintado á Elena con muy poca hermosura, pero con costoso vestido, y muy llena de joyas: *Cum non posses facere pulchram, fecisti divitem. No pudiendo hacerla hermosa, la hiciste rica.* Esos adornos forasteros, con que la erudicion aliña la virtud, en los libros que tratan de ella, nada conducen para encender en su amor á los que los leen. Solo logrará ese efecto quien supiere pintar con vivos colores su nativa hermosura; quien tuviere arte, y genio para imprimir en el entendimiento una idéa clara, agradable, magnífica de su belleza.

29 Pero mejor que los mejores libros es la buena conversacion. La enseñanza que se comunica por medio de la voz, es natural; la de la escritura, artificial: aquella animada, ésta muerta; por consiguiente aquella eficaz y activa, ésta lánguida. La lengua escribe en la alma, como la mano en el papel. Lo que se oye es el primer traslado, que

que se saca de la mente del que instruye; lo que se lee, ya es copia de copia. Si los Príncipes niños fuesen cotidianamente entretenidos por personas discretas, y bien intencionadas, qualquiera se podria constituir fiador de sus futuros aciertos. La doctrina que mejor se insinúa, es la que se sugiere debaxo del velo de diversion. Como lo que se come con gusto nutre mejor el cuerpo, lo que se escucha con deleyte aprovecha mas á la alma. La voz de enseñanza es desapacible á la niñez; así conviene en quanto se pueda quitarle el nombre, dexando la substancia. En los Príncipes mucho mas, porque ya desde entonces empieza á inspirarles, ó la vanidad propia, ó la adulacion agena, que su fortuna no necesita de doctrina. Reglas de justicia, y prudencia civil, dulcemente mezcladas con narraciones armoniosas y apacibles de algunos hechos de Príncipes justos, que obrando bien, consiguieron quanto intentaban, logrando al mismo tiempo la adoracion de los suyos, y la admiracion de los estraños, todo ingerido por sugeto cuya conversacion les agrada, no como que los dirige, sino como que los divierte, les sepulta en el espíritu una semilla de buena casta, de quien se puede esperar á su tiempo excelente fruto. En la edad mas tierna tienen tambien cabimiento las fábulas, porque los niños gustan de cuentos. Por cuya razon el sabio Arzobispo de Cambray Francisco de Saliñac para la educacion del señor Duque de Borgoña, cuyo Preceptor fue, con discreta invencion compuso una coleccion de fábulas preciosísimas, donde siguiendo el ayre de las que las viejas suelen contar á los niños, ó los niños unos á otros, en dulcísimo estilo incluyó quantos preceptos componen la mas christiana política. He debido las obras de este excelente Autor á la liberalidad, y amor del señor Marqués del Surco, Ayo dignísimo del Serenísimo Señor Infante Don Felipe, que en su instruccion emplea utilísimamente la doctrina de aquel admirable Prelado, de quien fue íntimo amigo.

§. VII.

30 **A**unque las lecciones que se dan á los Príncipes se deben encaminar á enamorarlos de todas las virtudes, que les convienen como Príncipes, y como hombres, importa sobre todo inclinarlos á la moderacion de ánimo, virtud opuesta á la ambicion. Otros vicios son malos para ellos, y para uno, ú otro particular. La ambicion, ó apetito desordenado de dominar es perniciosa para todo el Reyno. Un Príncipe injusto, un Príncipe cruel no hay duda que son aborrecibles en extremo. Con todo, si se atiende al daño, es mucho mayor por mas general el que causa el ambicioso. La injusticia, y la crueldad se exercitan en determinados individuos: la ambicion oprime á todos. Digámoslo mejor: El injusto, y cruel, es injusto, y cruel con algunos particulares; el ambicioso es injusto, y cruel con toda la República. Esos son los pasos ordinarios de la ambicion: Empieza por la injusticia, prosigue por el rigor, y acaba por la crueldad. Es injusto con toda la República el Príncipe, que quiere gravarla mas de lo que permite la equidad, extendiendo su arbitrio fuera de los límites que le prescribe la recta razon. Y qué sucede luego que se introduce esta dominacion violenta? Que los vasallos se quejan, y el Príncipe mirando la queja, por sumisa que sea, como agravio, empieza á decretar castigos. Véisle ya puesto en el rigor. A los castigos se sigue que suenan mas altos los clamores de las quejas; y como el grito del oprimido en los oídos del Príncipe tiene eco de rebelde, aumentándose con color de justicia el rigor, asciende al grado de crueldad. En caso que no se llegue á estas extremidades, porque el miedo les sofoca á los afligidos la voz dentro del pecho, ¿qué mayor tormento, que tener sobre los hombros un pesado yugo, y juntamente al cuello un lazo, que les impide el desahogo del gemido? Siendo éste, pues, un gran martyrio, no puede la opresion, que les induce, dexar de ser una gran crueldad.

§. VIII.

31 **Y**O no extraño que hayan llegado algunos Príncipes á este exceso; antes admiro, que no hayan llegado todos, ó casi todos. El apetito sediento de dominar, que nunca se sacia, es natural en el corazon humano; y siendo en todos ingénito por la naturaleza, en los Príncipes le estimula la adulacion. Freqüentemente oyen hipóboles exquisitos, unos que elevan el caracter, otros la Persona. Representaseles su superioridad á los demás hombres, como si ellos fuesen mas que hombres, ó los demás fuesen menos. Es gratísima á su imaginacion esta imagen ostentosa de grandeza, y no hay que estrañar, que la constituyan Idolo de los Pueblos que los obedecen, para que le ofrezcan en sacrificio quanto tienen de precioso. Algunos Políticos hacen para este fin alianza con los aduladores, pareciéndoles que hacen mas excelso, y generoso el espíritu de los Príncipes, imprimiéndoles una idéa grande de la propia excelencia. Y no dudo que esto convendría quando se reconociese en ellos un corazon muy apocado. Mas por lo comun en su educacion importa imprimirles solamente aquellas máximas, que dicta la Religion, la Virtud, la Humanidad. Asi se les debe proponer:

32 Que el Rey es hombre como los demás, hijo del mismo padre comun, igual por naturaleza, y solo desigual en la fortuna.

33 Que esta fortuna, imagínela grande quanto quisiere, toda se la debe á Dios; el qual pudo poner otra estirpe diferente en el Trono, y á nadie haría injusticia, aunque hubiese elevado á la Magestad la que hoy es la mas humilde del Reyno, ó hubiese abatido á la mas baxa clase del Reyno la que hoy goza la Magestad.

34 Que quanto mayor idéa tenga de su grandeza, tanto mayor debe ser su agradecimiento á la Magestad Divina, que se la ha conferido, y á proporcion está mas obligado á servir á Dios que los demás hombres.

35 Que Dios no hizo el Reyno para el Rey, sino el Rey para el Rey.

Rey para el Reyno. Asi el gobierno se debe dirigir, no al interés de su persona, sino al de la República. Por eso Aristóteles señaló por distintivo esencial entre el Rey, y el Tyrano, el que éste mira solo á su conveniencia propia; aquel atiende al bien comun.

36 Que consiguientemente aquella expresion interpuesta en los Decretos, de ser lo que se ordena del agrado, ó servicio Real, supone, que al Rey solo le agrada lo que se ordena al bien público. A los vasallos solo les toca obedecer al Rey. Al Rey, solo mandar lo que importa á los vasallos.

37 Que como los vasallos están obligados á executar lo que es del agrado del Rey; el Rey está obligado á mandar lo que es del agrado de Dios.

38 Que el poder ordenar solamente lo que fuere justo, no disminuye su autoridad, antes la engrandece. A Dios le es imposible accion alguna, que no sea justa, y recta, sin que por esto dexé de ser Omnipotente.

39 Que un Rey, habiendo subido á la cumbre de la gloria humana, no puede ascender á otra altura superior, sino por el arduo camino de la virtud; esto es, solo puede ser mayor siendo mejor.

40 Que lo mas difícil, y por tanto lo mas glorioso en un Rey, no es conquistar nuevos Reynos, sino gobernar bien los que posee. Dixo un Palaciego delante de Augusto, que Alexandro, á los treinta y dos años de edad, considerando que muy en breve tendria todo el mundo sujeto, y asi no habria lugar á nuevas conquistas, dudaba en qué se podria ocupar despues. *Muy necio (replicó Augusto) era segun eso, Alexandro. Lo mas arduo, y trabajoso le restaba, que era gobernar bien lo conquistado.* Otros atribuyen este dicho á Alonso el Quinto de Aragon.

41 Que si se hace cuenta de los Príncipes que fueron grandes guerreros, y de los que fueron insigneemente virtuosos, se halla mucho menor número de estos que de aquellos. Quando la virtud no fuese mas estimable en los Reyes que la gloria militar, bastaria para hacerla mas pre-

preciosa el ser mas rara. Flavio Vopisco refiere de un bufon, que decia que todos los Príncipes buenos que habia habido en el mundo, se podian esculpir en un anillo, para dar á entender que eran poquísimos. Como hablaba de Reyes Idólatras, porque no conocia otros, podia decirlo con verdad. Hoy es otra cosa. Aunque siempre son mas los guerreros, y políticos, que los santos.

42 Que como los vasallos son deudores de su obediencia, y respeto al Rey; éste es deudor de su cariño á los vasallos. El Rey tiene dos géneros de hijos; unos como hombre, otros como Príncipe; unos naturales, otros políticos. Estos son todos sus súbditos, y como tales los ha de amar. Los habitantes de Sichein, de quienes era Príncipe Hemor, son llamados en la Escritura hijos de Hemor.

43 Que este amor no debe estorvarle, antes empeñarle al castigo de los delinquentes; porque el mayor bien que puede hacer á sus vasallos es exterminar los malhechores.

44 Que los efectos de su amor mas debe sentirlos el comun del Pueblo que sus Ministros, especialmente los mas cercanos á la Persona. A estos se les ha de dispensar el cariño á proporcion del mérito; y es importantísimo no pasar esta raya. Bueno es que los Ministros amen al Príncipe; pero juzgo mas util al público el que le teman. Será felicísimo un Reyno, donde los súbditos teman á los Ministros, los Ministros al Rey, y el Rey á Dios.

45 Que sobre todo, deben experimentar terrible aquellos á quienes halláre defectuosos en la verdad de los informes que le dan sobre importancias públicas, y aun sobre las particulares. Raro Príncipe hay que no desee lo que es de la mayor conveniencia de sus vasallos; pero suele no lograrse ésta por las torcidas noticias que llegan á sus oídos.

46 Que para asegurarse de recibirlas puras, no hay otro medio, sino el de conceder facil acceso á todos. Desengañarán unos de lo que engañaren otros, ó ninguno en-

engañará de miedo que otro desengañe. Si alguno llega á hacerse dueño único del oído del Rey, sin mas diligencia está hecho dueño único del Rey, y del Reyno.

47 Que reciba con agrado á todos los que le hablen, y aun mas á los humildes; porque estos, por mas medrosos, necesitan de mas aliento para su desahogo. Augusto, á uno que llegó á entregarle un memorial temblando, le preguntó, con semblante humanísimo, si trataba con alguna fiera. Esto, sobre conciliarle eficazmente el amor de los vasallos, facilita á los que logran audiencia, clara, y entera exposicion de lo que tienen que decir: pues una lengua trémula nunca pronuncia con claridad, y el temor suele cortar el camino que hay desde el pecho al labio.

48 Que se muestre tan zeloso amante de la Justicia, aun con dispendio de la propia conveniencia, que quando el Fiscal disputa á favor de sus intereses, contra la pretension de alguno, ú de algunos vasallos, entiendan los Jueces que no le lisongean, dando la sentencia á favor suyo. Esta es una gran leccion, que entre otras dio el Santo Rey Luis á su Primogénito, y sucesor Felipe, estando para morir. Refiérela el Senescal Joinville, Ministro muy amado de aquel admirable Monarca, concebida en estas palabras: *Si alguno tuviere contigo querrela, ó litigio, has de mostrarte propenso á favor de tu contrario, basta que te conste ciertamente de la verdad. De este modo asegurarás que tus Consejeros, y Ministros estén siempre á favor de la Justicia.* ¡Oh advertencia, digna de esculpirse en láminas de oro!

49 Que sin embargo de la piedad, benignidad, y amor que tanto se le encomiendan, quando le conste con evidencia que alguna resolucion importa al bien público, no debe omitir la execucion por las quejas de algunos vasallos. Tal vez estos no alcanzan su importancia; y tal vez es preciso tolerar el gravamen de una pequeña parte del Reyno, por el bien del todo.

50 Que quando consulte al Jurista, al Teólogo, ó

al político, oculte la inclinacion de su ánimo, y oyga la respuesta con perfecta indiferencia. Si no lo hace así, y mucho mas si hay recompensa para el que habla á gusto, ó ceño para el que responde con libertad christiana, la precaucion de la consulta no le quitará ser reo del desacierto; pues se sabe que á un Rey nunca faltarán Políticos, Teólogos, y Juristas que digan que conviene lo que él quiere que se haga.

51 Que en fin ha de morir, y que en el mismo momento que muera ha de comparecer, como el mas humilde reo de la tierra, delante del Rey de los Reyes, á dar cuenta de todas sus acciones. ¡Terrible contemplo la residencia de un Rey en aquel tremendo Tribunal! A los delinquentes particulares se hace cargo de uno, ú otro homicidio, de uno, ú otro hurto: á un Rey iniquo se contarán por millares, y aun por millones los homicidios, y robos. En una guerra injusta que mueva, quantos mueren de uno, y otro partido, que por pocos que sean, son algunos miles, mueren por su cuenta. Quantos menoscabos padecen en sus haciendas los vasallos de uno, y otro Reyno, por subvenir á las expensas militares, se le imputan como á causa del daño. Y siendo millones de hombres los damnificados, á millones sube la cuenta de las injusticias.

52 De estas, y otras advertencias semejantes me parece justo imbuir el ánimo de los Príncipes en su tierna edad, no proponiéndoselas con la sequedad, y desnudez que tienen en este escrito; sí tegiéndolas con oportunidad, y dulzura en las conversaciones políticas que se ofrezcan: en que se debe huir la odiosa afectacion de magisterio, y procurar introducir la doctrina en traje de entretenimiento racional.

53 No ignóro que si los Príncipes son pusilánimes, ó escrupulosos, conviene en varias ocurrencias ensanchar su espíritu con menos severas máximas. Pero los que están destinados á su instruccion en la puericia, pueden descuidar en esta materia; porque deben creer, que quan-

do sus alumnos ocupen el Solio; tendrán á su lado muchos que suplan este defecto.

§. IX.

54. **L**O que hemos escrito en este Discurso, si se atiende precisamente al estado presente de nuestra España, solo puede producir la utilidad de una honesta diversion al que leyere, ó quando mas, el conocimiento de algunas verdades morales á los que no las alcanzaren: pues ni los Reales niños, que hoy van creciendo en virtudes para bien de esta Monarquía, ni los sujetos destinados á su enseñanza necesitan de nuestros avisos; antes mi teórica sigue los pasos de su práctica. Mas ésta es una condicion general de todas las advertencias que se escriben para Príncipes, que solo se dan á la estampa quando no son necesarias. Nadie escribe contra la tyranía, reynando un Tyrano: nadie contra la ambicion, dominando un Ambicioso: nadie contra la avaricia, imperando un Avaro. Quantas máximas se imprimen opuestas á las que practica el gobierno existente, se reputan sátyras contra el gobierno. Asi el Autor incurre la indignacion del Príncipe, sin aprovechar al público. El escrito se suprime como ofensivo: con que totalmente se pierde el trabajo, porque ni entonces, ni despues se logra el fruto.

55. De aqui se sigue que el tiempo oportuno para sacar á luz Tratados de Política recta, es unicamente aquel en que esa misma política se practica. Entonces se siembra, para que fructifique despues: y aun entonces fructifica algo; porque el Príncipe existente se asegura mas de que es derecho el camino que sigue, y se fortifica en sus buenos propósitos. A éste le sirve la doctrina de confortativo, á los venideros de preservativo.

SCEP-

SCEPTICISMO FILOSOFICO.

DISCURSO DECIMOTERCIO.

§. I.

HAY tanta latitud en el Scepticismo, y son tan diferentes sus grados, que con este nombre, segun la varia extension que se da á su significado, se designan el error mas desatinado, y el modo de filosofar mas cuerdo. El Scepticismo rígido es un delirio extravagante; el moderado una cautela prudente. Pero los que en este siglo tomaron el empeño de impugnar á los Scépticos mas moderados, no sé si por ignorancia, ó por malicia, confunden uno, y otro. La ignorancia en esta materia es tan grosera, que me persuade á que sea por malicia; y la malicia es tan detestable, que me persuade á que sea por ignorancia.

1. Aunque la voz Griega *Sceptis* (de donde vienen *Scéptico*, y *Scepticismo*) significa inquisicion, investigacion, especulacion, &c. ya el uso ha alterado algo la significacion de estas voces. Por lo qual hoy Scéptico significa lo mismo que *Dubitante*, y Scepticismo aquella profesion particular, que hacen los Scépticos de dudar, y suspender el asenso en las materias controvertibles, ó disputables.

2. Esta duda, ó suspension de asenso puede ser mas, ó menos racional, segun la mayor, ó menor extension que se le da, y segun las materias á que se aplica. Asi como dudar de muchas cosas es prudencia, dudar de todas es locura.

T 2

§. II.